

## Los extranjeros

### 2. Chemtrails

Las luces se reflejaban sobre la chapa lustrosa del be-eme en una danza ondulante y fugaz. Muy extrañado pero cómodamente acogido por la butaca de cuero, suavemente calefaccionada, contemplaba el espectáculo de la ciudad nocturna desliziéndose sobre el cristal. Me sumergí en un ensueño feliz, satisfecho: ¿sería aquel, finalmente, mi momento? ¿El pequeño gran paso que conduciría hacia la "gran obra"? Y sin ir tan lejos, la rubia de cabello llovido y una tiara de trenzas angelical -tocado que encendía al punto de la incandescencia las fantasías de Donny- manejaba a toda velocidad y pisaba los frenos, malhumorada, ante las luces rojas del semáforo o los peatones que se aprestaban a cruzar la calle en las esquinas. Pero cuando podía, daba rienda suelta al bolido, que rugía y devoraba la distancia sin cesar. Podía sentirse la aceleración en el pecho, como una leve opresión, similar al subidón de una hamaca. A igual velocidad hablaba, sin parar, atropellándose con las palabras, como si estuviera en la tele, en una serie yanky de nueva york. Donny le seguía el juego en su inglés de pacotilla. Le decía cualquiera cosa y ella se reía y él se reía después, de su risa y de ella también. Se mofaba, yo lo sabía, del exceso de entusiasmo -de su juventud, en síntesis. Pero también lo excitaba -sobre todo lo excitaba. Lo volvía loco, con su pelo rubio perfumado y el minoshort de cuero. Girando medio torso desde la butaca delantera me dirigía una mirada cómplice al rematar un chiste. No faltaba que me dijese "¿vos viste lo que es este bombón, Miguelín? ¿Vos te das cuenta?!". Y yo me daba cuenta de cuánto le gustaba y de que el asunto, entonces, revestía la máxima importancia: nos diríamos a una fiesta.

De más está decir que había tenido que dejar el escenario de mi supuesta consagración cargando las dos mochilas, el bolso y el estuche del bajo, como un ladrón en la noche que se lleva todo lo que puede. No era una salida digna, de estrella de rock ni mucho menos. Y más importante aún: ¿dónde estaba Donny? Lo había ido a buscar al camarín donde habíamos parado antes de tocar pero, para mi sorpresa, me topé con las chicas más pálidas y góticas que jamás hubiera visto -con excepción de Requiem, desde ya. "¿Quién sos, utilero loco, que entrás sin golpear?" me espetaron con la mirada y huí avergonzado. ¿Serían las miklas? ¿Iban a tocar las miklas?! Tenía que encontrar a

Donny. Entré a un baño cualquiera, muy perturbado. Nada. Desandé el camino que habíamos hecho al ingresar e igual resultado. Intenté llamarlo pero la wifi del teatro tenía clave y yo ninguna contraseña. Debí parecer un enajenado o un linyera cargando sus petates sucios. Lxs chicxs de la organización, arregladxs y modernxs, me evitaban. Busqué la salida y el frío me tajeó la cara en mil lugares a la vez: gotitas de agua filosas, arremolinadas por el viento. Se sentía bien. Un helado baño de realidad. Y no muy lejos de la puerta, guarecido de la llovizna por el alero que le ofrecía la mole de piedra y cristal, di con su silueta fornida. Fumaba despreocupado y aunque me ofrecía la espalda, podía adivinar su sonrisa. Estaba acompañado.

- Che, te estaba buscando! ;¿No sabés lo que pasó recién?!- Le dije entusiasmado pero nada era tan importante ya.

- Ella es Ema -Me interrumpió en inglés, contrariado. Como diciendo: ¿cómo podés ser tan mal educado, Migue? Me presenté.

- ;Me encantó el concierto! ;*Muy moderno* lo que hacen!

Dijo ella y me extendió la mano con gracia, con un ademán decimonónico, doblando levemente las rodillas e inclinándose hacia adelante. ¿Me estaba cargando? ¿Qué quería decir con *moderno*? ¿Lo moderno ya era viejo para ella? ¿Yo era un viejo haciéndome el moderno? No sabía bien qué pensar de lo que decía ni de ella con toda su vitalidad sonrosada. Era fácil comprender el atractivo de Ema. Su mirada desdoblada. Participando de la escena, montándola por su cuenta y, a la vez, substrayéndose. Había en ella algo desfondado, fuera de sí que parecía -pretendía a toda costa- controlar. Parecía frágil y alocada, para decirlo en dos palabras. Y si una cosa llevaba a la otra en la forma equivocada, si la tirada de dados salía mala y nada rimaba con nada, todo corría el riesgo de irse de las manos y derrapar sin freno. Me preguntaba si, llegado el caso, Ema también terminaría como Glenda, colgada en el baño de su casa, acorralada por los llantos de un bebé -que para mayor desgracia, venía a ser su hijx. Donny advertía el peligro, había sido amiga de Glenda tanto como yo, pero, como siempre, más lo hechizaba el vértigo.

- Sí, creo que salió bien.

Respondí con la máxima neutralidad posible y le agradecí: para mi "moderno" seguía queriendo decir algo bueno, en relación con el futuro, con lo que aún no pasa y puede suceder si así lo queremos y hacemos lo necesario para que

suceda. Yo mismo creía hacer música para el futuro. Pero quizás, para ella el futuro fuera un asunto del pasado: "ya no creemos en el futuro; las cosas durarán hasta que se terminen y punto. No habrá nada más que hacer". Un plegarse indiferente frente a lo que se da. Todo muy post-punk pero también muy de chica rica, muy de primer mundo. Aburrída a su cortísima edad, aburrída desde siempre -en eso nos parecíamos, debo reconocer. Era evidente que no vivía de su trabajo en el teatro; lo hacía porque le resultaba cool, porque le permitía estar en contacto con el mundo del arte, saber "lo que pasa", conocer gente interesante, como nosotros, al parecer.

- Justo hablábamos con Ema -prosiguió Donny- que una amiga hace una fiesta en la casa y estamos invitados si queremos ir. Vamos, ¿no?
- Eh, sí, bueno, dale. Estaría bueno pero ¿podríamos quedarnos a escuchar la próxima banda? Son unas chicas islandesas que la rompen y...

No pude terminar la frase que Ema se sacó el cartelito que la identificaba como parte de la organización, enredándose en el pelo de manera muy sensual y dando por terminada la deliberación. Enfiló para el auto. Nada de chicas islandesas esta noche; Kaelan Mikla tendrían que esperar o, mejor dicho, yo debería esperar por ellas, quizás para siempre. La fiesta sorpresa, por su parte, tampoco era lo mío porque la sorpresa, en general, no lo era. Pero esa noche sentía una efervescencia inusual, algo se agitaba dentro mío y pugnaba por salir. Como la sensación que se siente antes de tocar o de besar a alguien por primera vez. Esa sensación, sin concierto en el horizonte, era cuanto menos inquietante. Pero, como dije, yo no elegía realmente y, a decir verdad, la idea de la fiesta comenzaba a agrardarme más y más. Así que sí, metimos las cosas en el enorme baúl y me dejé llevar por la contagiosa energía de nuestra nueva anfitriona.

Paramos en un *Kiosk*, que es un kiosko repleto de alcohol, y Donny y yo nos atiborramos de botellitas de cerveza, una de cada variedad. Con la expresión condescendiente que las mujeres dirigen a lxs niñxs o a los hombres de toda edad, Ema nos hizo notar que éramos dos ridículos abrazando medio litro de cerveza. "Vamos a una fiesta, chicos, no a cenar con papá" y nos hundió en el pecho una botella de vodka a cada uno, que abarajamos como pudimos y pagamos sin chistar. Ema me caía bien. Volvimos al camino y cruzamos el río, sumido en una oscuridad ominosa. Encima, el cielo encapotado atrapaba la luz de Colonia y se teñía de un rojo sucio, gastado. En medio, y a la distancia, las torres de

la catedral fulguraban como un faro solitario, una columna iridiscente, un relámpago quieto que unía al cielo con el río. Me quedé perplejo, como un bichito encandilado. Mientras, un manto de irrealidad comenzaba a descender sobre la ciudad, sobre mí, de a poco pero sin pausa. Donny hablaba y hablaba. Ya no entendía lo que decía. Tampoco me importaba. Me fui adormeciendo, relajándome después del estrés de la gira, de los conciertos, de todo lo que podía salir mal: del cálculo, del futuro. ¿Estaba realmente pasando todo aquello? Me reconfortaba pensar que mi presencia junto a lxs enamoradxs pronto se volvería incómoda y por demás innecesaria; me emborracharía un poco, bailarían eventualmente y volvería al departamento de Heino, con mis trastos a cuestas, cuando me venciera el cansancio. En mis cálculos no entraban las drogas. Tampoco Nina.